

daba escrupulosamente de apropiarse lo ajeno. Siendo todavía muy niño halló acaso en la calle una moneda de insignificante valor; y como sabía que no era suya y que había de entregarla á su dueño, comenzó á pensar entre sí de quién podría ser. Ofreciósele luego que por ventura la habría perdido el amo de la casa más vecina, cayéndosele de la ventana, y así, sin detenerse un instante más, llamó á la puerta de su casa y se la entregó (1).

3. Se acercaba ya el Sr. Claret á los siete años, cuando de manos del Ilmo. Sr. D. Félix Amat, arzobispo titular de Palmira, que á la sazón estaba en Sallent, recibió el sacramento de la Confirmación el 12 de Diciembre de 1814 (2). Pocos habría en su edad más dignos que él de recibirlo, pues ya entonces era admirable su fidelidad en la observancia de las prácticas religiosas, que no eran sólo las comunes y de precepto, sino otras muchas de supererogación, porque á más de las preces de que antes hemos hablado, asistía diariamente, á no estar impedido, al santo sacrificio de la Misa, y en los días festivos oía una Misa rezada fuera de la solemne, á la que, como ya se dijo, iba acompañado de su padre.

Razón tenía en afirmar el autor de los *Apuntes biográficos*, publicados en *La Convicción* y *El Domingo*, que "á la edad de cinco y seis años hacía una vida más angelical que humana,"; porque ¿á quién no admira la modestia con que en tan tierna edad edificaba á cuantos le miraban, pero singularmente cuando asistía al santo templo del Señor? Al contemplarle arrodillado á los pies del altar santo, con las manecitas juntas ó con los brazos decentemente cruzados ante el pecho, con la vista recogida ó clavada con devoción indecible en el sagrado tabernáculo, ¿quién hubiera dicho que no era aquél, más que niño de carne y hueso, un angelito bajado de la mansión celestial para hacer la corte á Jesús sacramentado y edificar á los fieles con la suave fragancia del cielo? Jamás le vieron en la iglesia distraerse á hablar con otros niños, cosa, por desgracia, tan frecuente entre ellos, sino que siempre estaba en

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

(2) No es general la costumbre de administrar el sacramento de la Confirmación en la temprana edad en que lo hacen los señores Obispos en España. En otras naciones se confiere de ordinario este Sacramento á los niños poco antes ó después de su primera comunión.

ella con suma devoción, y con tales sentimientos de piedad y de divino amor que el mismo siervo de Dios, en su edad avanzada, se tenía por menos fervoroso que cuando era niño. La espiritual dulzura que sentía en los actos de piedad le hacía correr con ansia á todas las funciones que se celebraban en la iglesia, pero en ninguna se sentía tan consolado y movido como en las que tenían por objeto el santísimo Sacramento del altar. Era extraordinario el fervor que en éstas experimentaba, de donde nació en él una especial devoción al augusto sacramento de la Eucaristía, para lo cual le ayudó no poco el buen ejemplo de su padre, que se distinguía mucho en esta misma devoción. Pero creció incomparablemente más y de un modo extraordinario su amor al Dios encerrado en la Eucaristía con la ocasión que ahora diré. Cayó acaso en sus manos un devoto libro titulado *Finezas de Jesús sacramentado*. Lo leyó, lo tornó á leer, y recorría sus páginas con tanto gusto que llegó á decorarlo.

¿Quién puede explicar lo que sintió con su lectura el tierno corazón de Claret, tan prevenido de antemano de la divina gracia? Díganlo las largas horas que pasaba de rodillas, é inmóvil como una estatua, al pie del sagrado tabernáculo, las lágrimas que allí derramaba, los afectos santos en que su corazón se deshacía, las fervorosas súplicas que elevaba al Señor, ofreciéndose humildemente á su divina Majestad, y las amorosas ansias y ardentísimos deseos de recibirle en la sagrada Comunión. Nadie extrañará ahora lo que declaró el reverendo D. Antonio Camps, su amigo y compañero de estudio, conviene á saber: que "aun no comulgaba sacramentalmente, y había ya hecho muchas comuniones espirituales," (1). Ni tampoco podrá nadie maravillarse de que su confesor, á vista de tan extraordinaria devoción á Jesús sacramentado, le permitiera, á la temprana edad de diez años, acercarse por vez primera á gustar el divino pan de los ángeles. Lo que experimentó en su corazón el memorable día en que esto acaeció no es para dicho, pues al mismo Sr. Claret le fué imposible expresarlo, conforme él lo refiere en sus escritos de este modo: "No puedo explicar lo que por mí pasó el día que tuve la incomparable dicha de recibir por primera vez en mi pecho á mi buen Jesús

(1) Carta del Dr. Codina de 19 de Diciembre de 1870.

sacramentado (1)., Juntando á estas palabras lo que dice el doctor D. Juan Codina, esto es, que se retiró de la sagrada Mesa "reputándose por el más feliz del mundo (2).", se deja fácilmente entender cuán copiosos serían los torrentes de suavidad y dulzura que en aquella ocasión inundarían su candorosa alma, y cuán divinas comunicaciones tendría el Señor con él, pues tanto se complace en tratar con las almas puras y fervorosas en su servicio.

Frutos preciosos de esta primera comunión fueron el frecuentar constantemente de ahí en adelante los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, las repetidas visitas á la iglesia, la puntual asistencia á la explicación del Evangelio y á las funciones de los domingos y días festivos por la tarde, que terminaban siempre con el santo Rosario, y el ejercicio de otras buenas obras, según se irá viendo en el decurso de su vida.

4. Tenía por costumbre emplear todos los días algún espacio de tiempo en la lectura de buenos libros, así para instruirse como principalmente para fomentar su devoción y conservar vivo en su pecho el fuego sagrado del divino amor, que, como tienen bien experimentado las personas devotas, se alimenta con la lectura espiritual. Los efectos que obraba en él esta devota lección diólos á entender maravillosamente en un escrito donde, hablando de un libro que llevaba por título *El buen día y la buena noche*, dice admirado: "¡Oh! ¡con qué gusto y con qué provecho de mi alma leía yo aquel libro! Recorridas algunas de sus páginas, lo cerraba, lo apretaba contra mi pecho, y levantados al cielo mis ojos anegados en lágrimas, decía: ¡Oh Señor! ¡qué cosas tan buenas ignoraba yo! ¡Oh Dios mío! ¡Oh amor mío! ¡quién siempre os hubiese amado (3)!., El recuerdo de estos preciosos frutos que los buenos libros en su alma produjeron, le movió más adelante á distribuirlos entre toda clase de personas. Dicen además los testigos oculares de su vida que, aun siendo jovencito, era extraordinaria su caridad para con el prójimo, la cual ejercía visitando á los enfermos en sus casas, prodigándoles palabras

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

(2) Carta del Dr. Codina de la fecha antes citada.

(3) Manuscritos del Siervo de Dios.

de consuelo y dando á los pobres limosna del dinero de que podía disponer.

No es de extrañar que un alma tan candorosa, y en la que tan pronto empezó á arder el celo por la salvación de los pecadores, fuese escogida de Dios para el estado sacerdotal; porque si bien es cierto que ésta es una gracia enteramente gratuita, que suele Él dar á quien quiere y como quiere, pero también lo es que de providencia ordinaria suele disponer previamente á sus escogidos con las bendiciones del cielo para que de este modo el divino gobierno sea más suave y paternal. Y así el sacrosanto Concilio de Trento, entre las señales que exige para agregar á los fieles entre los levitas del Señor, una es piedad muy reconocida y, á ser posible, ejercitada ya desde la infancia. Y, efectivamente, la inclinación de Antonio al ministerio sacerdotal comenzó ya á manifestarse en su niñez, pues á las preguntas que sus padres y otras personas le hacían sobre la carrera que deseaba seguir, respondía siempre que su intención era seguir los estudios para ser eclesiástico, lo cual dejó él mismo notado en sus apuntes. Por esto su padre le permitió estudiar la Gramática latina con un sabio y virtuoso sacerdote llamado Juan Riera. Pero antes de entrar en esa edad de su vida que se llama adolescencia diremos alguna cosa en este capítulo de su devoción á la Virgen, y apuntaremos brevemente las dos terribles pruebas que pasó por este tiempo.

5. Era aquélla tan tierna, tan singular y extraordinaria, que, según asegura el Dr. Codina con noticias sacadas de los que en tiempo de su niñez le conocieron, "no cabía más en su medida," (1). Lo cual se verá claro por algunos actos en que más se descubrió.

Comencemos por las visitas que hacía al altar de la santísima Virgen, las cuales eran frecuentísimas, en especial los días festivos, en los que pasaba la mayor parte del tiempo en la iglesia. Maravilloso es el modo con que á ellas, según parece, le excitaba la Reina de los cielos; pues entreteniéndose solito en alguna inocente diversión, pareciale oír la misteriosa voz de nuestra Señora que le decía: "Ven,," y respondiendo él: "Voy,," dejaba sus entretenimientos é íbase luego al templo.

1) Carta del Dr. Juan Codina del 19 de Septiembre de 1870.

Postrado ante la imagen de María como si estuviese en un amenísimo jardín, no se cansaba de permanecer allí hablando con Ella con tal fe y confianza, con tal atención y fervor, que no podía dudar de que la Madre de la gracia prestaba atento oído á sus palabras.

Prueba de gran devoción á la Madre de Dios es el recibir con muestras de júbilo cuanto á Ella se refiere; y si esto lo es en toda edad, bien puede sentarse que lo fué más en los tiernos años de Antonio, cuando recibió con sumo aprecio unas cuentas de rosario. "Siendo todavía niño, diéronme, — dice, — unas cuentas de rosario, que agradecí muchísimo y conservé como quien guarda un gran tesoro (1).", Con ellas lo rezaba juntamente con los otros niños de la escuela en la iglesia, adonde iban con el maestro puestos en dos filas, y en ella el mismo maestro dirigía tan provechosa oración. Mas encargó luego la dirección al niño Claret al ver que sabía el modo de rezarla con los misterios, que se le habían fijado en la memoria por medio de un libro donde estaban representados con estampas. Como el perfume de su buen ejemplo se hubiese esparcido entre sus condiscipulos, algunos de ellos, de mayor edad que los otros, quisieron imitarle en aprenderlo, y en premio dispuso el maestro que también ellos alternasen por semanas en el honroso cargo de directores de aquella utilísima plégaria.

No contento con rezar la tercera parte en la iglesia y en su casa, según la laudable costumbre de su devotísima familia, introdujo la de decirlo por entero entre los trabajadores de su padre cuando éste le puso fijamente en el taller, encargándose nuestro jovencito de dirigirlo y rezándolo con ellos sin dejar de las manos el trabajo (2). Esta piadosa práctica tuvo tan feliz resultado que hizo de aquellos obreros unos fervorosos cristianos; porque sabido es que el santísimo Rosario, bien rezado, es un arma poderosa contra nuestros enemigos mundo, demonio y carne; práctica que se puede ejercitar en todos tiempos y lugares, porque sobre ser tan excelente es también muy fácil y provechosa por las oraciones de que se compone y por los saludables efectos que causa cuando se hace con aten-

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

(2) Manuscritos del Siervo de Dios.

ción y reverencia, y meditando, en cuanto se puede, los misterios.

Existe á legua y media de Sallent un devoto santuario llamado de *Nuestra Señora de Fusimanya*. Para ir á él se necesita trepar por áspero sendero una serie de montes, cubiertos unos de frondosos bosques de encinas y otros de pinos, y algunos, aunque pocos, apenas ocultan su fragosa desnudez con una que otra hierba. Por entre los barrancos que hay al subir los primeros montes corre un pequeño torrente que los naturales llaman *riereta*. Al llegar á la cumbre se disfruta de un panorama hermosísimo. Cerca de un hondo valle, formado por las vertientes de variados y caprichosos montes que la rodean, y á la fresca sombra de algunos pinos, se levanta la pequeña ermita y la casita que sirve de morada al custodio de ella. Este admirable conjunto de bellezas naturales, sembradas allí con abundancia por la mano del Criador, las realzan admirablemente en primavera los trinos y gorjeos de mil pintados pajarillos que regocijan con sus cantos aquellos bosques, y hendiendo bulliciosos los aires y saltando ó meciéndose en las ramas de árboles y arbustos, dan animación al paisaje y hacen de la ermita de Fusimanya verdadero nido de amores á la inmaculada Virgen que en ella se venera. A este santuario hacía Antonio, en compañía de su buena hermana Rosa, frecuentes peregrinaciones con gran consuelo de su espíritu, porque en ellas le concedía el Señor el don de lágrimas, las cuales derramaba ya en abundancia al divisarlo en el camino desde lejos. Comenzaba entonces á rezar el Rosario con su hermana, y lo continuaban hasta llegar á la capilla. Inexplicable fué el provecho que de estas romerías sacó el Siervo de Dios, y le fueron siempre tan gustosas y atractivas que las repitió en todas las ocasiones que pudo, no sólo en su infancia, sino también en su juventud y siendo sacerdote, y aun cuando era ya Arzobispo aprovechó para ello la coyuntura de hallarse en Sallent, adonde había ido, invitado por sus habitantes, antes de partir para su diócesis de Santiago de Cuba.

6. Hasta aquí todo había ido viento en popa, como suele decirse. No es muy difícil ni escabroso el seguir á Cristo para gozar con Él de las dulzuras del Tabor; si en el camino de la virtud no se divisara otra cosa que la gloria de Cristo transfigurado, si la Divinidad hiriera siempre á las almas de un modo

visible con los resplandores de su gracia, pocas serían las que volvieran atrás del camino empezado, aunque muy poco se manifestaría con ello la generosidad del ánimo, porque naturalmente somos inclinados á nuestros gustos y regalos; y como los deleites espirituales que el Señor á las veces comunica á las almas que le sirven satisfacen al alma inmensamente más que todos los terrenos, no hay hombre de fe que sea tan tonto que no dejara de grado estos segundos si supiera que nunca le habían de faltar los primeros. Pero no es así, sino que tras del Tabor está el Calvario; después de los suaves resplandores de la Divinidad vienen las tinieblas de su humanidad, que son los tormentos, las ignominias y los desamparos que en ella padeció; y como los justos, según San Pablo, han de ser hechos conforme á la imagen de Jesucristo, necesariamente han de pasar por la tribulación y recibir los consuelos mezclados con amarguras, y cargar con la cruz aun después de haber subido á las alturas gloriosas de la contemplación. Todo lo cual dispone el Señor con mucha suavidad y amorosa providencia, porque en la aridez y sequedad de espíritu, cuando arrecian las tentaciones y el alma se ve separada de todo aquello en que solía hallar gusto y consolación, si es ella fiel y constante en perseverar en el divino servicio, consigue gran pureza en el amor, la cual se muestra claramente en servir á Dios sin arrimo de deleites y consolaciones sólo por ser quien es, bondad infinita é infinitamente digno de ser amado. Claro es que para esto ha de ser el alma muy esforzada y generosa, pues no sin causa se dice que la tentación muestra lo que cada uno es, si oro ó escoria. Pero nunca el Señor falta con su gracia, pues aunque el alma en esos casos no lo conoce ni comprende, Él obra allí secretamente y mide la tentación conforme á las fuerzas de cada uno y á la gracia que quiere darle. Y así todas las cosas se convierten para bien de los escogidos, y más las tribulaciones, con las cuales se alcanza un bien tan grande cual es la pureza en el divino amor.

Esta merced hizo Dios á nuestro Antonio cuando estaba ya para terminar el período de su infancia, en la cual el Señor, para probar su fidelidad, le permitió dos pruebas terribles, en las que mostró cuán sólida era su virtud y lo muy arraigado que estaba en él el santo temor y amor de Dios. Dejo hablar que estaba en él el santo temor y amor de Dios. Dejo hablar gustosísimo al amable autor de las *Memorias*, el cual con

sencillez encantadora y con la mucha prudencia, hija de su virtud y de la experiencia de muchos años, las refiere de este modo:

“Atraído Antonio dulcemente por los consuelos siempre crecientes del divino amor, no gustaba sino de trabajar, rezar, leer y pensar en Dios y en María santísima, á quien amaba como madre. El retiro y el silencio eran sus constantes compañeros y, ayudándole á conservarse, no hacían de él un joven triste y melancólico, sino antes muy alegre y amable, que con nadie tenía pendencias y se mostraba pacífico con todos, virtud excelente que practicó toda su vida.

„Mas he aquí que en tal estado Dios le da á beber el cáliz de amargura que suele ofrecer á sus amigos. Hállase de repente sumergido en grande obscuridad de entendimiento, en penosa inquietud de corazón y en tristes sequedades de espíritu. Envidioso el demonio de sus adelantos en el bien, le embiste al mismo tiempo con una tentación muy terrible de blasfemia contra María santísima. En esta penosísima angustia pierde el apetito, aléjase de él el sueño, y los fantasmas de su imaginación perturbada no le permiten siquiera levantar los ojos á la imagen de la Madre de Dios. Determinado á sufrir las mayores penas antes que ofender al Señor y á su divina Madre, sostiene la lucha con valor indecible; pero él no conoce que triunfa, y esto hace más intenso su dolor, el cual llegó á tal extremo que, como él mismo dice, no tuvo semejante en su vida. “Fué la mayor pena, — escribe, — que en mi vida he padecido (1).” Confesábase; pero no dando el confesor importancia á las palabras del niño, salía de la presencia de él más acongojado, hasta que por fin Dios se sirvió librarle por sí mismo de tan duro purgatorio.

„Destinado á ser un día el consolador de las almas afligidas con varias tentaciones, debía antes experimentarlas él de muchas maneras y salir vencedor en todas ellas; así fué, en efecto, pues que otra vez permitió el Señor que el demonio le sugiriese una grande aversión y odio á su estimada madre; mas Antonio, aunque se hallaba en los primeros pasos que dió en la carrera de la santidad, supo, como diestro capitán, vencer al enemigo, tratando á la que se sentía inclinado á abor-

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

recer con más humildad y cariño que de costumbre. Habiendo después manifestado á su director espiritual la tentación y el modo con que la había vencido, éste le preguntó quién se lo había enseñado, á lo cual respondió Antonio: "Nadie.", "Adelante, hijo mío,—le dijo entonces el confesor.—Dios es quien te guía; corresponde á su gracia.", Consejo importante que tuvo presente el Siervo de Dios, sin que jamás se borrara de su memoria (1)."

Por ventura parecerá extraño á muchas personas que en aquella edad fuese asaltado Antónito de tan raras tentaciones, y que tan contrarias parecen á la natural inclinación de cualquier católico, porque como hombres ningún objeto nos suele ser más caro que la madre que nos dió la vida y en cuyo regazo nuestro corazón se abrió al amor, y como católicos nada nos es tan dulce y simpático como el amor á la Reina de los cielos, cuyo nombre aprendimos á balbucir desde la cuna, y que intervino siempre como una amable sonrisa en nuestros sueños infantiles. Pero ello fué así, y no lo extrañará el que tenga alguna experiencia en la dirección de las almas; porque el demonio muchas veces, á las personas más virtuosas y timoratas suele asaltarlas con las más estafalarias tentaciones, no precisamente para hacerlas caer en ellas, lo cual rara vez acaece por lo mismo que son tan contrarias á la inclinación natural, sino para perturbarles la paz del alma, viendo las tales personas que por ellas pasan cosas tan feas y abominables, con lo cual frecuentemente logra impedirles adelantar en el camino de la perfección, y aun algunas veces el que vuelvan atrás del todo dejando los ejercicios espirituales. Por lo dicho puede entenderse que semejantes cosas más las padecen que las hacen, ó, mejor aún, no tanto son disposiciones de su propio natural cuanto efectos del enemigo que obra en ellas para espantarlas y atemorizarlas.

Pero dejemos ya al niño de Sallent que duerma tranquilo sobre esos dos laureles conseguidos en su infancia; en el siguiente capítulo le despertaremos para admirar en él un nuevo período de su vida mucho más peligroso que el que acaba de pasar.

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.



## CAPÍTULO II

### ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DEL SEÑOR CLARET (1820-1829)

1. Interrumpe los estudios. — 2. Claret modelo de obreros. — 3. Trasládase á Barcelona. — Porvenir lisonjero que allí se le ofrece. — 4. Su tibieza y buena conducta que observó aún en ella. — 5. Mudanza de vida, y causas que á ella contribuyeron. — La Virgen santísima le libra de las olas. — Prueba de su pureza. — Le estafa un compañero. — Comprende la vanidad de los bienes terrenos. — 6. Reanuda en Barcelona los estudios. — 7. Intenta entrar en la Cartuja.

1. Al entrar Antonio en el período de la adolescencia comenzó, como dijimos, el estudio del latín con ánimo de seguir la carrera eclesiástica, á que se sentía llamado. Estaba ya muy adelantado en el idioma del Lacio merced á la precocidad de su talento y á su grande aplicación, cuando la muerte le arrebató impensadamente á su virtuoso profesor, D. Juan Riera. Impedido el padre del muchacho de darle otro maestro y no juzgando conveniente enviarlo fuera de casa para que aprendiera algún arte más acomodado á su inclinación y talento, resolvió conservarlo junto á sí para que le ayudara en el desempeño de su oficio. Fué ésta, sin duda, una prueba muy sensible para el corazón del virtuoso joven, que ardiendo ya en aquella edad en el celo de la gloria del Señor anhelaba con todas sus fuerzas llegar á ser digno ministro suyo para ejercitarse en el ministerio de la salvación de las almas. Afligido interiormente más de lo que se puede imaginar, á nadie, no obstante, descubrió su pena si no es á Jesús sacramentado. De los hombres nada podía esperar, y hubieran sido inútiles las representaciones hechas á su padre, porque las facultades de éste no le permitían enviar á su hijo al Seminario ó á algún colegio, y el único resultado de ellas hubiera sido disgustarle sin provecho. Convencido de esto el pobre niño, buscó consuelo y remedio en aquel que todo lo puede, y cuya bondad es tanta que invita amorosamente á todos los afligidos á que acudan á Él con es-